































































































































































































































































































































































































con gran serenidad y severidad, respondiendo a algo que la otra le había dicho («Prefiero morirme antes de oír hablar a Milton Pinsky –un colegial amigo de ella– sobre música»), observó:

—¿Sabes?... Lo espantoso de morir es que se queda uno tan librado a sí mismo.

Y mientras mis piernas de autómatas seguían andando, me impresionó el hecho de que sencillamente no sabía una palabra sobre el espíritu de mi niña querida, y que sin duda, más allá de los terribles *clichés* juveniles, había en ella un jardín y un crepúsculo y el portal de un palacio: regiones vagarosas y adorables, completamente prohibidas para mí, ajenas a mis sucios andrajos y a mis convulsiones. Pues a menudo había advertido que en esa vida que llevábamos, en ese mundo de mal absoluto, sentíamos un extraño pudor toda vez que discutíamos algo que podían haber discutido ella y un amigo más antiguo, ella y un pariente, ella y un muchacho sano al que quisiera de veras, yo y Annabel, Lolita y un Harold Haze sublime purificado, analizado, delicado; una idea abstracta, un cuadro, el moteado Hopkins o el trasquilado Baudelaire, Dios o Shakespeare, cualquier cosa genuina. ¡Santo Dios! Acorazaba su vulnerabilidad mediante ataques groseros y ostentando todo su aburrimiento, mientras yo, formulando mis comentarios desesperadamente inconexos en un tono artificial que me daba frío en mis últimos dientes verdaderos, provocaba en mi auditorio tales estallidos de rudeza que hacía imposible toda conversación ulterior, oh mi pobre niña escaldada. Te quería. Era un monstruo pentápodo, pero te quería. Era despreciable y brutal, y depravado y cuanto podía imaginarse, *mais je t'aimais, je t'aimais!* Y había momentos en que sabía cuanto pasaba por ti, y saberlo era el infierno, mi pequeña Dolita, aguerrida Dolly Schiller.

Recuerdo ciertos momentos, llamémoslos témpanos paradisiacos, en que después de saciarme de ella –al cabo de fabulosos, dementes conatos que me dejaban exhausto y transido de azul–, la recogía en mis brazos, al fin con un mudo plañido de ternura humana (su piel brillaba a la luz de neón que llegaba del camino pavimentado, a través de las varillas de la persiana, y tenía las negras pestañas pegoteadas y los ojos más vacíos que nunca, exactamente como los de una pequeña paciente todavía mareada por una droga, después de una operación grave), y la ternura se ahondaba en vergüenza y desesperación, y yo sostenía y mecía a mi solitaria y pequeña Lolita en mis brazos de mármol, y gemía en su pelo tibio, y de cuando en cuando la acariciaba y pedía su bendición sin palabras, y en la cúspide misma de esa ternura humana, agonizante, generosa –mi corazón estaba pendiente de su cuerpo desnudo, ya en vías de arrepentimiento–, súbitamente, irónicamente, horriblemente, el deseo se henchía de nuevo y... *oh, no*, decía Lolita con un suspiro al cielo, y un momento después la ternura y el azul... todo estallaba.

Las ideas surgidas a mediados del siglo XX sobre las relaciones entre hijos y padres, se han inficionado con la jerigonza escolástica y los símbolos estandarizados del aparato psicoanalista, pero supongo que me dirijo a lectores imparciales. Una vez en que el padre de Avis tocó la bocina de su automóvil, en la calle, para avisar que papá había ido en busca de su chiquilla, me sentí obligado a invitarlo a la sala. Se quedó unos minutos, y mientras conversábamos, Avis, una niña poco atractiva, pesada y cariñosa, se acercó a él y se instaló sobre sus rodillas. No recuerdo si he dicho que Lolita tenía siempre para los extraños una sonrisa encantadora, una dulce tibieza que fluía de sus ojos, una soñadora irradiación de sus rasgos. Nada de ello significaba nada, desde luego, pero era tan hermoso, tan enternecedor que era difícil reducirlo a una célula mágica que iluminaba automáticamente su rostro, como el atavismo de un

antiguo rito de bienvenida –prostitución hospitalaria, dirá el lector grosero–. Bueno, mientras el señor Byrd hacía girar su sombrero y me decía gracias y... ah, sí, qué tonto soy, había olvidado que me refería a las características principales de la famosa sonrisa de Lolita. Esa irradiación tierna, rectárea, entre hoyuelos, no se dirigía al extraño que estaba en el cuarto, sino que pendía en su propia vacuidad florida, por así decirlo, o fluctuaba con miope blandura sobre objetos indiferentes. ¿Y qué ocurría después? Mientras la gorda Avis trotaba hacia su papá, Lolita sonreía amablemente al cuchillo de postre con que jugueteaba al borde de la mesa, sobre la cual estaba apoyada, a muchas millas de mí. De pronto, mientras Avis se colgaba del cuello de su padre, que envolvía con brazos distraídos a su rechoncha, vi que la sonrisa de Lo perdía toda su luz y se convertía en una pequeña sombra de sí congelada; el cuchillo se deslizó de la mesa y la golpeó con el mango de plata en el tobillo. Lolita gimió, bajó la cabeza y después, saltando sobre un pie con la mueca preliminar con que los niños contienen las lágrimas a punto de estallar, se marchó, seguida de inmediato y consolada en la cocina por Avis, que tenía un maravilloso papá gordo y rosado y un hermanito rechoncho como ella y una hermanita recién nacida y un hogar y dos perros gruñones, mientras que Lolita no tenía nada.

Y tengo un hermoso *pendant* para esta pequeña escena, también en el decorado de Beardsley. Lolita, que estaba leyendo junto al fuego, se desperezó y preguntó:

—¿Y dónde la han enterrado?

—¿A quién?

—Oh, ya sabes a quién, a mi mamita asesinada.

—Pues *tú* sabes dónde está la tumba –dije conteniéndome.

Después nombré el cementerio, situado en las afueras de Ramsdale, entre el ferrocarril y la colina de Lakeview.

—Además –agregué–, la tragedia que fue ese accidente resulta abaratada por el epíteto que te parece conveniente aplicarle. Si de veras deseas superar en tu alma la idea de la muerte...

—¡...va! –exclamó Lo por decir «¡Viva!», salió lánguidamente del cuarto.

Durante largo rato miré con ojos fijos el hogar. Después tomé su libro. Era una tontería para jóvenes. Había una triste niña llamada Marión y había una madrastra que, contrariando todas las suposiciones, se revelaba como una pelirroja joven, comprensiva, alegre, que explica a Marión que la madre muerta de Marión había sido, en realidad, una mujer heroica, puesto que había disimulado adrede su gran amor hacia Marión porque se sabía moribunda y no quería que su hija la echara tanto de menos. No corrí a su cuarto entre gritos. Siempre prefería la higiene mental de la no-interferencia. Ahora, hurgando en mi memoria, recuerdo que en esa ocasión como en otras similares, mi costumbre era ignorar los estados de alma de Lolita y consolar a mi propia alma vil. Cuando mi madre, con un lívido vestido húmedo, bajo la bruma que caía (así me la imagino vivamente), corrió jadeando de éxtasis hacia ese puente sobre el Moulinet para ser derribada por un rayo, yo no era sino un niño, y ningún anhelo de la índole aceptada podía haberse injertado en algún momento de mi juventud, por más que los psicoanalistas me preguntaron con salvaje insistencia en mis períodos de depresión posteriores. Pero admito que un hombre con mi poder imaginativo no puede alegar una ignorancia personal de las emociones universales. Acaso yo contara demasiado con las relaciones tan frías y anormales entre Charlotte y su hija. Pero lo esencial, lo más terrible de todo era esto: en el curso de nuestra singular relación, Lolita había advertido con claridad cada vez mayor, que aun la vida de la familia más mísera era preferible a esa parodia de

incesto que, a la larga, fue lo único que pude ofrecer a la chiquilla.

Vuelta a Ramsdale. Llegué hasta ella desde el lago. El soleado mediodía era todo ojos. Mientras me acercaba en mi automóvil enlodado, podía distinguir destellos de agua plateada entre los pinos lejanos. Viré hacia el cementerio y caminé entre los monumentos de piedra largos y bajos. *Bonzhur*, Charlotte. En algunas tumbas había pequeños pabellones nacionales pálidos y transparentes, clavados en el aire sin viento, bajo las siemprevivas. Vaya, Ed, qué mala suerte la tuya –me refiero a G. Edward Grammar, gerente de una oficina de Nueva York, de treinta y cinco años, acusado por entonces de haber asesinado a su mujer, Dorothy, de treinta y tres años–. Ed planeó el crimen perfecto: aporreó a su mujer y la metió en un automóvil. La cosa se descubrió cuando dos policías patrulleros del distrito vieron el enorme y flamante Chrysler azul de la señora Grammar –regalo de cumpleaños de su marido– que bajaba a velocidad fantástica de una colina, precisamente en la jurisdicción de los policías. (¡Dios bendiga a nuestros buenos polizontes!) El automóvil rozó un poste, subió un terraplén cubierto de cincoenramas, enredaderas y frambuesas silvestres, y volcó. Las ruedas aún giraban silenciosas en el resplandor del sol cuando los policías sacaron el cuerpo de la señora G. Al principio lo tomaron por un accidente común. Pero, ay, el cuerpo magullado de la mujer no se avenía con los daños insignificantes del automóvil. Yo fui más hábil.

Reanudé la marcha. Era curioso ver de nuevo la esbelta iglesia blanca, los enormes álamos. Olvidando que en una calle suburbana de los Estados Unidos un peatón solitario es más conspicuo que un conductor solitario, dejé el automóvil en la avenida para caminar libremente hasta el 342 de la calle Lawn. Antes del derramamiento de sangre, merecía cierto alivio, un espasmo catártico de regurgitación mental. Las blancas persianas de la mansión de Junk<sup>22</sup> estaban cerradas, y alguien había atado una cinta de terciopelo negra, sin duda encontrada en la calle, al letrero blanco, inclinado hacia la calle, que decía EN VENTA. Ningún perro ladró. Ningún jardinero telefoneó. Ninguna señorita Vecina estaba sentada en la galería con enredaderas, donde –para gran confusión del solitario peatón– dos mujeres jóvenes, con idénticas colas de caballo e idénticos delantales moteados, dejaron de hacer lo que estaban haciendo para mirarlo: la señorita Vecina debía haber muerto mucho antes y ésas serían sus sobrinas gemelas de Filadelfia.

¿Entraría en mi antigua casa? Como en un cuento de Turguenev, un torrente de música italiana llegó desde una ventana abierta: ¿qué alma romántica tocaba el piano donde ningún piano se había zambullido ni chapaleado en aquel domingo hechizado con el sol sobre sus piernas doradas? De pronto advertí desde el césped sobre el cual me había detenido, una nínfula de nueve o diez años (piel dorada, pelo castaño, pantalones cortos blancos), que me miraba con extática fascinación en sus grandes ojos de color azul-negro. Dije algo agradable, inocente, un cumplido europeo, qué bonitos ojos tienes, pero la niña se retiró a toda prisa y la música cesó de repente. Un hombre moreno de aire violento, brillante de sudor, salió de la casa y me clavó los ojos. Estaba a punto de identificarme cuando, como en medio de una pesadilla, tuve conciencia de mis pantalones enlodados, de mi *sweater* mugriento y roto, de mi barbilla sin afeitar,

---

<sup>22</sup> Al que en la primera parte de la novela el autor llama «junker»: «ropavejero», «basurero».

de mis ojos de vagabundo, inyectados de sangre... Sin decir una sola palabra, me volví y rehice el camino. Una flor anémica parecida a un áster crecía en una grieta de la acera que recordaba muy bien. Tras una serena resurrección, la señorita Vecina apareció en su silla de ruedas, empujada por sus sobrinas, en la galería, como si hubiera sido un escenario y yo el director de escena. Rogué que no me llamara y me precipité hacia el automóvil. Qué callecita empinada. Qué avenida profunda. Entre el limpiaparabrisas y el vidrio, un boleto rojo. Lo rompí cuidadosamente en dos, tres, ocho pedazos.

Sentí que perdía tiempo y avancé con energía hacia el hotel de la ciudad, al que más de cinco años antes había llegado con una maleta flamante. Tomé un cuarto, concerté dos citas por teléfono, me afeité, me bañé, me puse un traje negro y bajé a tomar un trago en el bar. Nada había cambiado. El bar estaba sumergido en la misma luz vaga, increíblemente roja, que hace años, en Europa, era característica de lugares deshonestos, pero que aquí pretendía crear cierta atmósfera en un hotel familiar. Me senté a la misma mesita ante la cual, en seguida de convertirme en el huésped de Charlotte, había considerado apropiado festejar la ocasión con ella y media botella de champagne que había conquistado fatalmente su pobre corazón estremecido. Como entonces, un mozo con cara de luna llena disponía sobre una bandeja redonda, con celo astral, cincuenta vasos para una fiesta de bodas. Esa vez eran de *murphy-fanfasía*. Eran las tres menos ocho minutos. Al cruzar el vestíbulo hube de sortear un grupo de damas que con *mille gracias* se despedían de un almuerzo. Una de ellas me reconoció y se lanzó sobre mí con un súbito grito. Era una mujer baja y corpulenta, vestida de color gris perla, con una pluma delgada, larga, gris, en el sombrero minúsculo. Era la señora Chatfield. Me atacó con una sonrisa ficticia, encendida de curiosidad perversa. (¿Quizá yo había hecho con Dolly lo mismo que Frank Lasalle, un mecánico de cincuenta años, había hecho en 1948 con Sally Horner, de once?) Pronto dominé ese júbilo ávido. Ella pensaba que yo estaba en California. La sorprendía que... Con placer exquisito le informé que mi hijastra acababa de casarse con un joven y brillante ingeniero en minas que tenía una misión archisecreta en el noroeste. Me dijo que desaprobaba los casamientos tan prematuros, que nunca permitiría que Phyllis, ya de dieciocho años...

—Oh, sí desde luego —dije serenamente—. Recuerdo a Phyllis. Phyllis y el campamento... Sí, desde luego. A propósito, ¿le contó ella alguna vez que Charlie Holmes pervertía a las discípulas de su madre?

La sonrisa de la señora Chatfield, ya borrosa, se desintegró por completo.

—¡Qué vergüenza! —exclamó—. ¡Qué vergüenza, señor Humbert! Al pobre muchacho lo han matado hace poco en Corea.

Le pregunté si no pensaba que el giro francés *vient de* seguido de infinitivo no expresaba con más fuerza los sucesos inmediatos que la construcción «hace poco». Pero tenía que marcharme en seguida, agregué.

Sólo dos cuadras me separaban de la oficina de Windmuller. Me saludó con un apretón de manos lento, fuerte, inquisidor, envolvente. Creía que estaba en California. ¿No había vivido durante algún tiempo en Beardsley? Su hija acababa de ingresar al Beardsley College. ¿Y cómo estaba?... Le di toda la información necesaria sobre la señora Schiller. Sostuvimos una agradable conferencia de negocios. Salí al cálido resplandor de septiembre convertido en un indigente satisfecho.

Ahora que todo estaba en regla podía consagrarme libremente al objeto principal de mi visita a Ramsdale. Según el metódico hábito de que siempre me he enorgullecido, había mantenido la cara de Clare Quilty enmascarada en mi negro calabozo, donde aguardaba mi aparición, juntamente con la del barbero y

el sacerdote. *Réveillez-vous. Laqueue, il est temps de mourir!* En este instante no tengo tiempo para discutir la mnemotécnica de la fisiognomización –voy rumbo a casa de su tío y ando rápido–, pero permítaseme observar esto: había conservado en el alcohol de la memoria nublada una cara de escuerzo. En dos o tres rápidas ocasiones había advertido su ligero parecido con un comerciante en vinos alegre y más bien repulsivo, un pariente mío que vivía en Suiza. Con sus barras de gimnasia, su *tricot* hediondo, sus gordos brazos velludos, su calvicie y su criada-concubina de cara de cerdo era, en general, un tunante inocuo. Demasiado inocuo, en verdad, para ser confundido con mi presa. En el estado espiritual en que me encontraba entonces había perdido contacto con la imagen de Trapp. Se la había engullido por completo la cara de Clare Quilty, representado con artística precisión por una fotografía que se exhibía sobre el escritorio de su tío.

En Beardsley, me había entregado a las manos del encantador doctor Molnar para someterme a una operación dental bastante seria que me había dejado unos pocos dientes delanteros de ambos maxilares. Los reemplazantes dependían de un sistema de placas y un alambre invisible que corrían por mis encías superiores. El arreglo era una obra maestra de comodidad y mis caninos gozaban de perfecta salud. Sin embargo, para suministrar a mi oculto propósito un pretexto plausible, dije al doctor Quilty que con la esperanza de aliviar mi neuralgia facial había resuelto hacerme arrancar todos los dientes. ¿Cuánto me costaría una dentadura postiza completa? ¿Cuánto duraría el proceso, suponiendo que fijáramos su comienzo en noviembre? ¿Dónde estaba ahora su sobrino? ¿Sería posible que me los arrancara todos en una sola sesión dramática?

El doctor Quilty (chaqueta blanca, pelo gris, cortado a la prusiana, mejillas grandes y chatas de político), apoyado en el ángulo de su escritorio, mecía un pie seductoramente, como en sueños, mientras elaboraba un plan infinito y glorioso. Primero me colocaría unas placas provisionales, para habituar las encías. Después me haría una dentadura permanente. Le gustaría echar una ojeada a esa boca mía. Usaba zapatos calados, bicolores. No se visitaba con el canalla desde 1949, pero suponía que podía encontrárselo en su hogar ancestral en la carretera Grimm, no lejos de Parkington. Fluctuaba en su noble sueño. Su pie se mecía, su mirada era la de un inspirado. Sugirió que tomáramos las medidas en el acto y que hiciéramos el primer arreglo antes de iniciar las operaciones. Mi boca era para él una espléndida caverna llena de tesoros inapreciables. Pero le prohibí la entrada.

—No —dije—. Pensándolo bien, me trataré con el doctor Molnar. El precio es más elevado, pero desde luego es un dentista mucho mejor que usted.

Ignoro si alguno de mis lectores ha tenido alguna vez oportunidad de decir eso. Es una sensación deliciosa. El tío de Clare permaneció sentado ante el escritorio, aún con su expresión soñadora, pero el pie dejó de mecer la cuna de su exquisita anticipación. Por otro lado, su enfermera, una muchacha marchita y flaca como un esqueleto, con los ojos trágicos de las rubias sin éxito, corrió detrás de mí como para poder cerrar la puerta a mis espaldas.

Póngase el cargador en la culata. Empújese hasta oír que el cargador llega al engranaje. Exquisitamente ajustado. Capacidad: ocho cartuchos. Color: azulado. Dolor: descartado.

claramente cómo llegar hasta el camino Grimm. Deseoso de cerciorarme de que Quilty estaba en su casa, intenté llamarlo, pero supe que su teléfono privado estaba desconectado. ¿Significaba eso que se había marchado? Inicé la marcha hacia la carretera Grimm, doce millas al norte de la ciudad. Para entonces la noche había eliminado ya casi todo el paisaje, y mientras seguía el estrecho y tortuoso camino, una serie de postes bajos, espectralmente blancos, con reflectores, anulaban mis propias luces para indicar tal o cual curva. Pude discernir un valle oscuro a un lado del camino y una ladera arbolada al otro. Frente a mí, como copos de nieve indecisos, las mariposas nocturnas surgían de la negrura en mi aura. A la duodécima milla, como se me anunció, un puente curiosamente techado me envainó durante un instante. Más allá de él, una roca blanqueada surgía a la derecha y poco más adelante al mismo lado viré hacia el camino de granza llamado Grimm. Durante un par de minutos todo fue humedad, oscuridad, denso bosque. Después, Pavor Manor, una casa de madera, con una torrecilla, apareció en un claro circular. El camino de acceso estaba entorpecido por media docena de automóviles. Me detuve bajo el cobertizo de los árboles y apagué mis faros para calcular serenamente qué había que hacer. Debía de estar rodeado por sus secuaces y sus rameras. No pude sino imaginar el interior de ese castillo jocoso y desvencijado como lo habría pintado «Muchachitas engañadas», un relato de una revista de Lo: vagas «orgías», un adulto siniestro de cigarro imponente, drogas, guardaespaldas. Al fin había dado con él. Regresaría en el torpor de la mañana.

Regresé sin prisa a la ciudad, en ese viejo automóvil que trabaja para mí con serenidad y casi con alegría. ¡Lolita! En las profundidades de la guantera aún quedaba una horquilla suya, de tres años de edad. De nuevo la corriente de pálidas mariposas nocturnas succionadas de la noche por la luz de mis faros. Oscuros granjeros se inclinaban aquí y allá, junto al camino. La gente seguía yendo a los cinematógrafos. Mientras buscaba un alojamiento nocturno, pasé una luz de tránsito. En un fulgor selénico, realmente místico por su contraste con la noche maciza y sin luna, sobre una pantalla gigantesca que se esfumaba entre oscuros campos soñolientos, un minúsculo fantasma levantó una pistola, él y su brazo reducidos a una trémula agua turbia por el ángulo oblicuo de ese mundo que retrocedía... y un instante después una fila de árboles interceptó la gesticulación.

Dejé el alojamiento «Insomnio» a la mañana siguiente, alrededor de las ocho, y pasé algún tiempo en Parkington. Me obsesionaban presagios de que frustraría la ejecución. Pensé que acaso los cartuchos se habían inutilizado durante una semana de inactividad, quité la cámara y puse otra nueva.

Di tal baño de aceite a mi compinche que ya no pude librarme de su pringue. Lo vendé con un lienzo, como un miembro mutilado, y envolví en otro lienzo unas cuantas balas de repuesto.

Una tormenta de truenos me acompañó durante casi todo el trayecto hacia el camino Grimm, pero cuando llegué a Pavor Manor, el sol se veía de nuevo, ardiendo como un hombre, y los pájaros chillaban en los árboles empapados y humeantes. La casa decrepita y recargada parecía envuelta en una especie de bruma, reflejando, por así decirlo, mi estado de ánimo, pues no pude sino advertir –cuando mis pies se posaron en el suelo elástico e inseguro– que había exagerado el estímulo alcohólico.

Un silencio irónico respondió a mi llamada. En el garage, sin embargo, se



veía su automóvil, por el momento un convertible negro. Probé con el llamador. Una vez más, nadie. Con un gruñido petulante, empujé la puerta y... qué bonito: se abrió como en los cuentos de hadas medievales. Después de cerrarla suavemente tras de mí, atravesé un vestíbulo espacioso y horrible; atisé en un cuarto adyacente; advertí unos cuantos vasos sucios que crecían en la alfombra; resolví que el amo debía dormir aún en su dormitorio.

De modo que me arrastré escaleras arriba. Mi mano derecha tenía asido a mi embozado compinche, en mi bolsillo. Con la mano izquierda me tomaba del pasamanos pegajoso. Inspeccioné tres dormitorios; en uno de ellos evidentemente, había dormido alguien la noche anterior. Había una biblioteca llena de flores. Había un cuarto vacío con grandes y profundos espejos y una piel de oso polar sobre el suelo resbaladizo. Se me ocurrió una idea providencial. Por si el amo regresaba de su caminata por los bosques o emergía de algún cubil secreto, sería más seguro que el tirador inseguro –al que aguardaba una larga faena– impidiera a su contrincante la posibilidad de encerrarse en su cuarto. Así, durante cinco minutos por lo menos, anduve por la casa –lúcidamente insano, frenéticamente calmo, como un cazador encantado y alerta– echando llave en cuanta cerradura veía y guardándome la llave en mi bolsillo con la mano libre. La casa, muy vieja, tenía más posibilidades de intimidad que nuestras casas modernas, donde el cuarto de baño –único lugar con cerradura– debe usarse para las furtivas necesidades de una paternidad proyectada.

Hablando de cuartos de baño, estaba a punto de visitar el tercero cuando el amo salió de él, dejando tras sí una breve cascada. El ángulo de un pasillo no me ocultaba del todo. Tenía la cara gris y los ojos abotagados, y estaba todo lo desgredado que era posible con su semicalvicie, pero lo reconocí perfectamente cuando me rozó con su bata púrpura, muy semejante a la mía. No me vio, o me descartó como a una alucinación habitual e inocua. Mostrándome sus pantorrillas velludas, bajó la escalera como quien anda en sueños. Guardé en mi bolsillo la última llave y lo seguí al vestíbulo. Había entreabierto la boca y la puerta delantera para atisbar por una hendidura luminosa, pensando sin duda que había oído llamar y alejarse a un visitante.

Después, siempre indiferente al fantasma de impermeable que se había detenido en mitad de la escalera, el amo se dirigió hacia un cómodo *boudoir* atravesando el vestíbulo y yo –con absoluta tranquilidad, sabiendo que no se me escaparía–, me alejé de él cruzando la sala para ir a desenvolver cuidadosamente a mi sucio compinche en la cocina provista de un bar. Tuve la precaución de no dejar manchas de aceite sobre el cromado: creo que compré un producto malo, negro y terriblemente pegajoso. Con mi habitual minuciosidad, trasladé a mi compinche a un lugar limpio de mi persona y me dirigí hacia el pequeño *boudoir*. Mis pasos, como he dicho, eran elásticos –demasiado, quizá, para asegurarme el éxito. Pero mi corazón latía con fiero gozo, y pisé un vaso sobre la alfombra.

El amo me vio en la sala oriental.

—¡Eh! ¿Quién es usted? –me preguntó con voz fuerte y vulgar, metidas las manos en los bolsillos de la bata–. ¿Es usted Brewster, por casualidad?

Era evidente que estaba mareado y completamente a mi merced, si podía emplearse esa expresión. Me felicité.

—Eso es... –respondí suavemente–. *Je suis monsieur Brustière*. Charlemos un momento antes de empezar.

Pareció complicado. El bigotillo color hollín se le crispó. Me quitó el impermeable. Tenía puesto un traje oscuro, una camisa negra. No llevaba corbata. Nos sentamos en sendos sillones.

—¿Sabe? —me dijo, rascándose con fuerza la mejilla gris, carnuda y arenosa, y mostrando sus dientes menudos y perlados en una mueca torva—. Usted no se parece a Jack Brewster. Quiero decir que el parecido no es muy evidente... Alguien me dijo que él tenía un hermano en la misma compañía telefónica.

Haberlo atrapado, después de todos esos años de arrepentimiento y furor... Mirar los pelos negros en el dorso de sus manos regordetas... Errar con cien ojos sobre sus sedas purpúreas y el pecho hirsuto, previendo los agujeros... Saber que ese canalla semianimado, infrahumano, era el que había sodomizado a mi amada... ¡Oh, amada mía, ésa era una bendición suprema!

—No, lo siento, pero no soy ninguno de los Brewster.

Sacudió la cabeza, aún más complacido que antes.

—Adivine de nuevo, muchacho.

—Ah, conque no ha venido usted a fastidiarme acerca de esas llamadas de larga distancia... —dijo el muchacho.

—Lo hace usted de cuando en cuando. ¿No es cierto?

—¿Cómo?

Dije que había dicho que había pensado que él había dicho que nunca había...

—La gente —dijo—, la gente en general... No lo acuso a usted, Brewster, pero, ¿sabe usted?, es absurdo cómo la gente invade esta maldita casa sin tomarse siquiera el trabajo de llamar. Usan *vaterre*, usan la cocina, usan el teléfono, Phil llama a Filadelfia, Pat llama a la Patagonia... Me niego a pagar. Tiene usted un acento curioso, capitán.

—Quilty —dije—. ¿Se acuerda usted de una niña llamada Dolores, Haze, Dolly Haze? ¿Llamó Dolly a Dolores, en Colorado?

—Claro... debió hacer esa llamada, sin duda... A cualquier lugar. Paraíso, Washington, Cañón del Infierno... ¿A quién le importa?

—A mí, Quilty. ¿Sabe usted? Soy su padre.

—¡Ridículo! Qué va usted a ser... —dijo—. Usted es algún agente literario extranjero. Un francés tradujo una vez mi *Carne altiva* por *la Fierté de la Chair*. Absurdo.

—Era mi hija, Quilty.

En el estado en que se encontraba nada podía amilanarlo. Pero sus alardes no eran del todo convincentes. Una especie de cauteloso recelo animó sus ojos con un remedo de vida. Pero en seguida volvieron a nublarse.

—Las niñas me gustan mucho —dijo—, y sus padres se encuentran entre mis mejores amigos.

Volvió la cabeza, buscando algo. Se palpó los bolsillos. Intentó incorporarse del sillón.

—¡Quieto! —dije, quizá en voz más alta de lo que me había propuesto.

—No necesita gritarme —se quejó de un modo curiosamente femenino—. Sólo quería un cigarrillo. Me muero por un cigarrillo.

—Morirá de todos modos.

—Oh, basta... empieza a aburrirme. ¿Qué quiere usted? ¿Es francés, diga? ¿Quién demonios es usted? Vamos al bar y tomemos un...

Vio la pequeña arma negra que tenía en la palma de mi mano como ofreciéndosela.

—¡Epa! —dijo arrastrando las vocales (ahora imitaba la farfulla indecente de las películas)—. Qué bonito revólver tiene ahí... ¿Cuánto quiere por él?

Le golpeé la mano extendida y se las arregló para derribar una caja sobre una mesilla que tenía a su lado. La caja vomitó un puñado de cigarrillos.

—¡Aquí están! —dijo jubilosamente—. ¿Recuerda usted la frase de Kipling: *Une femme est une femina, un Caporal est une cigarette?* Ahora necesitamos fósforos.

—Quilty —dije—. Quiero que me atienda. Morirá dentro de un instante. Lo que siga, por cuanto sabemos, será un estado eterno de locura atormentadora. Ya fumó ayer su último cigarrillo. Concéntrese. Trate de comprender lo que va a ocurrirle.

Empezó a romper el cigarrillo y a mascar pedazos de él.

—Estoy deseoso de comprender —dijo—. Usted es un australiano o un refugiado alemán. ¿Tengo que ser yo, precisamente? Ésta es la casa de un pagano, ¿sabe? Será mejor que se largue de aquí. Y deje de mostrar ese revólver. En el cuarto de música tengo un Stern-Luger.

Apunté a su pie en la pantufla y apreté el gatillo. Hizo click. Se miró el pie, miró la pistola, miró de nuevo el pie. Hice otro penoso esfuerzo, y con un sonido ridículo, débil y juvenil, salió. La bala agujereó la espesa alfombra rosada y yo tuve la impresión paralizadora de que otra vez volvería a salir.

—¿Ve usted lo que ha hecho? —dijo Quilty—. Debería tener más cuidado. Déme eso, por Dios.

Se incorporó para tomar el revólver. Lo empujé a su sillón. Mi alegría exuberante se desvanecía. Ya era tiempo de que acabara con él, pero Quilty tenía que saber por qué. Su condición se me contagiaba y sostenía el arma con blandura y torpeza.

—Concéntrese en Dolly Haze, la niña que raptó...

—¡Yo no la rapté! —grité—. La salvé de un perverso. Muéstreme su insignia, en vez de disparar a mis pies, pedazo de gorila. ¿Dónde está la insignia? Yo no soy responsable de las violaciones de otros. ¡Absurdo! Ese viajecito, se lo aseguro, fue una tontería, pero de todos modos se volvió con usted... ¿no es cierto? Vamos, tomemos un trago.

Le pregunté si quería ser ejecutado de pie o sentado.

—Hummm... déjeme pensar —dijo—. No es una pregunta fácil de responder. Entre paréntesis, cometí un error que lamento sinceramente. ¿Sabe usted? Con Dolly no me divertía nada. Soy prácticamente impotente, para decir la melancólica verdad. Y le proporcioné unas vacaciones espléndidas. Conoció a unas cuantas personas notables. ¿Conoce usted a... ?

Con impulso tremendo cayó sobre mí. La pistola fue a dar bajo una cómoda. Por fortuna era más impetuoso que fuerte y no me costó demasiado esfuerzo volverlo al sillón. Jadeó un poco y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Bueno, ya lo hizo —dijo—. *Vous voilà dans de beaux draps, mon vieux.*

Su francés mejoraba.

Miré a mi alrededor. Quizá si... Quizá pudiera... sobre las manos y rodillas... ¿Me arriesgaría?

—*Alors, que fait-an?* —me preguntó, observándome con fijeza.

Me incliné. No se movió. Me incliné más aún.

—Mi estimado señor —dijo—, déjese usted de jugar con la vida y la muerte. Soy un autor teatral. He escrito comedias, tragedias, fantasías. He filmado películas privadas con Justine y otras sexaventuras francesas del siglo XVIII. Soy autor de cincuenta y dos guiones de éxito. Por alguna parte debe de haber un atizador, déjeme buscarlo y así podré pescar su revólver.

El muy astuto había vuelto a incorporarse mientras hablaba y fingía buscar algo. Tanteé debajo de la cómoda, procurando al mismo tiempo no perderlo de vista. De pronto, advertí que él había advertido que yo parecía no haber advertido que mi compinche asomaba por debajo del otro ángulo de la cómoda.

Nos trabamos en lucha de nuevo. Rodamos por el suelo, cada uno en los brazos del otro, como dos inmensos niños indefensos. Estaba desnudo y hedía como su bata y me sentí sofocado cuando rodó sobre mí. Rodé sobre él. Rodamos sobre mí. Rodaron sobre él. Rodaron sobre nosotros.

Supongo que este libro será leído cuando se publique, hacia los primeros años del siglo XXI (1935 más ochenta o noventa, amor mío). Llegados a este punto, los lectores más maduros recordarán sin duda la escena infaltable de las películas del oeste vistas en su juventud. Pero en nuestra riña faltaban esos puñetazos que derribarían a un buey y no volaban muebles. No éramos sino dos grandes muñecos rellenos de algodón. Era una riña muda, blanda, informe de dos literatos, uno de los cuales estaba profundamente alterado por una droga, mientras el otro se sentía en desventaja por una enfermedad cardíaca y el exceso de gin. Cuando al fin me apoderé de mi preciosa arma, ambos jadeábamos como ningún *cow-boy* lo hizo nunca después de luchar.

Resolví examinar la pistola –nuestro sudor podía haber estropeado algo– y recobrar el aliento antes de iniciar la parte principal del programa. Para llenar la pausa, le propuse que leyera su sentencia, en la forma más poética que yo le había dado. El término «justicia poética» podía usarse eficazmente en esa ocasión. Le tendí una pulcra hoja de papel escrita a máquina.

—Sí, espléndida idea –dijo–. Déjeme buscar mis anteojos para leer.

Intentó incorporarse.

—No.

—Sí.

—Empecemos. Veo que está en verso.

Porque sacaste ventaja de un pecador  
porque sacaste ventaja  
porque sacaste  
porque sacaste ventaja de mi desventaja...

—Qué bien está. Formidable...

... cuando desnudo cual Adán  
enfrentaba un tribunal federal y todas sus punzantes estrellas...

—¡Oh, sublime!

... Porque sacaste ventaja de un pecado  
cuando triste de mí cambiaba mis plumas  
soñando  
con matrimonio en una ladera  
con un lecho de Lolitas pariendo...

—Esto no lo pesco.

Porque sacaste ventaja de mi íntima  
esencial inocencia  
porque frustraste

—Un poco tautológico, ¿no?... ¿Dónde estaba?

Porque frustraste mi redención

porque te la llevaste  
en una edad en que las niñas  
juegan con equipos erectores

—Nos ponemos puercos, ¿eh?...

una blanda niña que aún usaba amapolas  
y comía maíz tostado en el crepúsculo coloreado  
donde indios atezados tienen segadores a sueldo  
porque la robaste  
a su digno protector con sienes de cera  
y escupiste en sus ojos de pesados párpados  
desgarraste su toga  
y al alba hiciste que el cerdo  
rodara sobre su nueva desventura  
el sacro horror del amor y las violetas  
el remordimiento la desesperación,  
mientras tú  
rompías en pedazos una muñeca  
y arrojabas su cabeza  
por todo lo que hiciste  
y todo lo que no hice  
morirás.

—Bueno, señor, éste es un poema bueno de veras. El mejor que ha escrito, en mi opinión.

Dobló la hoja y me la devolvió.

Le pregunté si tenía algo serio que decir antes de morir. El revólver estaba de nuevo listo para ser usado. Lo miró y exhaló un largo suspiro.

—Bueno, ahora escúcheme, Fulano —dijo—. Usted está borracho y yo soy un hombre enfermo. Dejemos las cosas para otro momento. Necesito tranquilidad. Tengo que cuidar mi impotencia. Por la tarde llegarán amigos que me necesitan para un juego. Esta farsa se está volviendo muy pesada. Somos hombres de mundo, en todo sentido... sexo, verso libre, puntería. Si me tiene usted inquina, estoy dispuesto a ofrecer reparaciones insólitas. Hasta una *rencontre a la antigua*, espada o pistola, en Río o en cualquier otra parte... no está excluido. Mi memoria y mi elocuencia no son hoy muy brillantes, pero en verdad, mi querido señor Humbert, usted no era el tutor ideal, y yo no obligué a su pequeña pupila a seguirme. Fue ella quien me pidió que la llevara a una casa donde sería más feliz. Esta casa no es tan moderna como el rancho que compartimos con encantadores amigos. Pero es amplia, fresca en verano y en invierno, cómoda, en una palabra... de modo que le sugiero que se mude aquí, puesto que proyecto retirarme para siempre a Inglaterra o Florencia. Es suya, gratis. Con la única condición de que deje de apuntarme con ese revólver de... (dijo una palabrota repulsiva). Entre paréntesis, no sé si le interesan a usted las rarezas... Si es así, puedo ofrecerle, también gratis, una compañerita, algo bastante excitante, una damita con tres pechos, raro y delicioso capricho de la naturaleza... Vamos, *soyons raisonnables*. Sólo conseguiré herirme horriblemente y después se pudrirá en la cárcel mientras yo me recobraré en un ambiente tropical. Se lo prometo, Brewster, será muy feliz aquí, con un sótano magnífico y todos los derechos de autor de mi próxima obra... No tengo demasiado en el banco ahora, pero me propongo pedir prestado... como dice el

bardo, con ese frío en la cabeza, pedir prestado, pedir prestado, pedir prestado<sup>23</sup>. Hay otras ventajas. Tenemos aquí a una confiable sobornable criada, la señora Vibrissa –curioso nombre– que viene de la aldea dos veces por semana, hoy no, por desgracia, y tiene hijas, nietas; una o dos cosas que sé del jefe de policía lo hacen mi esclavo. Soy un autor teatral. Me han llamado el Maeterlinck norteamericano. ¿Maeterlinck? Schmetterling, digo yo. ¡Vamos! Todo esto es muy humillante. Estoy seguro de que no hago lo que debo. Nunca use herculanita con rum. Veamos, sea usted un buen tipo y deje esa pistola. Conocía un poco a su pobre mujer. Puede usar mi guardarropa. Ah, otra cosa... le gustará: tengo una colección erótica ejemplar: *Bagrations Island*, por la exploradora y analista Melanie Weiss, una dama notable, un libro notable... deje ese revólver... con fotografías de ochocientos órganos masculinos que examinó y midió en 1932 en Bagration, en el mar Barda, gráficos muy ilustrados, relacionados con una historia de amor bajo los cielos placenteros... deje ese revólver... y además puedo conseguirle permiso para asistir a las ejecuciones, no todos saben que la silla está pintada de amarillo...

*Feu.* Esa vez di contra algo duro. Di contra el respaldo de una mecedora negra –no muy diferente de la de Dolly Schiller–. La bala dio contra la superficie interna del respaldo y la mecedora empezó a moverse tan rápido y con tanta energía que si alguien hubiese entrado en el cuarto se habría quedado boquiabierto ante el doble milagro: la mecedora moviéndose sola de pánico y el sillón donde estaba mi purpúreo blanco desprovisto ahora de todo contenido viviente. Agitando los dedos en el aire y levantando rápidamente el trasero voló al cuarto de música y un segundo después ambos forcejeábamos y jadeábamos a ambos lados de su puerta, de cuya llave me había olvidado. Vencí por tercera vez y con otro violento movimiento, Clare el Imprevisible sentóse al piano y tocó varios acordes atrozmente vigorosos, fundamentalmente histéricos. Le temblaba el mentón, dejaba caer con todas sus fuerzas las manos extendidas y emitía unos resoplidos de locomotora que habían faltado durante nuestra pelea. Sin dejar de producir esas sonoridades increíbles, hizo un vano intento de abrir con los pies una especie de cofre que había cerca del piano. La próxima bala se hundió a un lado de su cuerpo, y entonces se alzó de su silla cada vez más alto, más alto, como el viejo gris, insano Nijinsky, como una pesadilla mía, hasta alcanzar una altura fenomenal y así me pareció, al menos, mientras rasgaba el aire, echaba atrás la cabeza en un alarido, apretándose con una mano la frente y con la otra una axila, como si le hubiera picado una avispa, y después volvió a sentarse sobre sus talones, y otra vez un hombre normal en su bata, se escabulló hacia el vestíbulo.

Me vi siguiéndolo a través del vestíbulo, con una especie de doble, triple salto de canguro, muy recto sobre mis piernas rectas mientras brincaba dos veces a su zaga, y después brincando entre él y la puerta del frente en una especie de tenso bote de ballet, con el propósito de adelantarme, ya que la puerta no estaba cerrada con llave.

Súbitamente digno, y como enfadado, empezó a subir la amplia escalera. Avancé unos pasos, pero no lo seguí; disparé tres o cuatro veces en rápida sucesión, hiriéndolo a cada descarga. Y cada vez que lo hacía, que *le* hacía esa cosa terrible, crispaba la cara de un modo absurdo, como un payaso, como si exagerara el dolor. Caía lentamente, ponía los ojos en blanco, entrecerrándolos, lanzaba un «¡ah!» femenino y se estremecía cada vez que lo alcanzaba una bala,

---

<sup>23</sup> *To borrow and to borrow and to borrow*: alusión al famoso *to morrow and to morrow and to morrow* de Shakespeare.

como si yo hubiera estado haciéndole cosquillas, y cada vez que le metía una de esas balas mías, lentas, torpes, ciegas, susurraba con afectado acento británico –siempre crispándose, estremeciéndose, sonriéndose y a la vez hablando de un modo curiosamente distraído y hasta amable–:

—¡Ah, duele bastante, señor! ¡Ah, esto duele atrocemente, mi buen amigo!... Se lo ruego, desista. ¡Ah... muy doloroso, muy doloroso, en verdad!... ¡Dios! ¡Ah! Esto es abominable, usted no debería...

Su voz se arrastró cuando llegó al descanso, pero siguió caminando a pesar de toda la carga que le había metido en ese cuerpo abotagado.

Desesperado, aterrado, comprendí que lejos de matarlo, inyectaba chorros de energía en el pobre tipo, como si las balas hubieran sido cápsulas dentro de las cuales danzaba un elixir poderoso.

Volví a cargar la cosa con manos negras y rojas: había tocado algo que se había manchado con su sangre espesa. Después subí en su busca. Las llaves tintineaban en mis bolsillos como oro.

Se arrastraba de cuarto en cuarto, sangrando majestuosamente, tratando de encontrar una ventana abierta, sacudiendo la cabeza, todavía procurando convencerme de que no lo asesinará. Apunté a su cabeza y se retiró al dormitorio principal con un estallido de púrpura real donde había estado una de sus orejas.

—Váyase, váyase de aquí –dijo tosiendo y escupiendo.

En una pesadilla de asombro, vi que ese hombre cubierto de sangre pero todavía vivo, se metía en la cama y se envolvía en las frazadas caóticas. Disparé una vez más desde muy cerca, a través de las frazadas, y entonces yació sobre su espalda, y en sus labios se formó una gran burbuja roja con connotaciones juveniles, que aumentó hasta el tamaño de una pelota de juguete y estalló.

Quizá perdí contacto con la realidad durante uno o dos minutos, pero no ha de creerse que representé esa escena de desvarío propio de los criminales corrientes. Por el contrario, quiero destacar el hecho de que era responsable de cada gota de su sangre burbujeante. Pero ocurrió una especie de instantáneo desplazamiento, como si me hubiera encontrado en el dormitorio conyugal, junto a Charlotte enferma en la cama. Quilty era un hombre muy enfermo. En mi mano tenía una de sus pantuflas, en vez de la pistola. Estaba sentado sobre la pistola. Después busqué una comodidad mayor en el sillón que había junto a la cama y consulté mi reloj pulsera. Había perdido más de una hora. Quilty estaba quieto, por fin. Lejos de sentirme aliviado, me abrumaba una carga aún más pesada que la otra de que esperaba librarme. No podía resolverme a tocarlo para cerciorarme de que estaba realmente muerto. Lo parecía: le faltaba un cuarto de cara y tenía encima dos moscas que empezaban a disfrutar de su increíble buena suerte. Mis manos apenas estaban en mejores condiciones que las de él. Me lavé como pude en el cuarto de baño contiguo. Ahora podía marcharme. Cuando salí al descanso de la escalera, me sorprendió descubrir que había restado importancia –como a un mero zumbido de mis oídos– a lo que era en verdad una mezcla de voces y de música radiotelefónica proveniente de la sala, escaleras abajo.

Encontré allí a unas cuantas personas que parecían haber llegado hacía un instante y se bebían alegremente el alcohol de Quilty. Había un hombre gordo en una poltrona. Dos jóvenes bellezas morenas y pálidas, hermanas, sin duda, grande una y pequeña otra (casi una niña), estaban sentadas con mucho recato en un canapé. Un tipo de cara llameante y ojos azules zafiro salía con dos vasos de la cocina-bar, donde dos o tres mujeres charlaban y cortaban pedazos de hielo. Me detuve en el vano de la puerta y dije:

—Acabo de matar a Clare Quilty.  
—¡Lo felicito! —exclamó el tipo rubicundo mientras tendía uno de los vasos a la muchacha que parecía de más edad.  
—Alguien debió hacerlo mucho tiempo antes —observó el gordo.  
—¿Qué dice, Tony? —preguntó una rubia desleída desde el bar.  
—Dice que ha matado a Cue —respondió el tipo rubicundo.  
—Bueno, supongo que cualquiera de nosotros lo habría hecho algún día —dijo otro hombre no identificado incorporándose en un rincón donde había examinado, en cuclillas, algunos discos.  
—De todos modos —dijo Tom—, convendría que bajara. No podemos esperar demasiado si queremos llegar a tiempo para esa partida.  
—Que alguien dé un trago a este hombre —dijo el gordo.  
—¿Quieres una cerveza? —preguntó una mujer con pantalones, mostrándome un vaso desde lejos.

Sólo callaban las dos muchachas sentadas en el canapé, ambas de negro, la más joven jugueteando con algo brillante que tenía alrededor del cuello; ambas permanecían mudas, tan jóvenes, tan obscenas. Cuando la música se detuvo un instante, se oyó un ruido que llegaba desde la escalera. Tony y yo salimos al vestíbulo. Era nada menos que Quilty: se las había arreglado para arrastrarse hasta el descanso de la escalera. Lo vimos sacudirse para desmoronarse al fin —esta vez para siempre— en un montón purpúreo.

—Apúrate, Cue —dijo Tony riendo—. Creo que todavía está...

Volvió a la sala mientras la música sofocaba el resto de sus palabras.

Ése era el fin de la ingeniosa obra que Quilty había puesto en escena para mí, me dije. Con el corazón henchido, salí de la casa y caminé hacia mi automóvil en el resplandor moteado del sol. A cada uno de sus lados había otros dos automóviles estacionados y tuve ciertas dificultades para deslizarme entre ellos.

## 36

Lo que sigue es un poco más vulgar e insulso. Bajé lentamente la cuesta y después me encontré marchando con el mismo ritmo perezoso en dirección opuesta a Parkington. Había dejado el impermeable en el *boudoir* y a mi compinche en el cuarto de baño. No, no era una casa donde me habría gustado vivir. Me pregunté ociosamente si algún cirujano de genio no podría alterar su carrera y quizá el destino todo de la humanidad reviviendo a Quilty. Clare Obscure. No es que me importara. En general quería olvidar la cosa. Y cuando supe que estaba muerto, la única satisfacción que me dio la noticia fue el alivio de saber que no necesitaba acompañar mentalmente, y durante meses, una convalecencia penosa y repugnante, interrumpida por toda clase de operaciones inimaginables y recaídas, y quizá rematada por una visita suya, con la consiguiente molestia de racionalizarlo como ser concreto, y no como espectro. Es extraño que el sentido del tacto, tan infinitamente menos precioso para los hombres que la vista, se convierta en los momentos críticos en nuestro principal —si no único— asidero de la realidad. Yo estaba enteramente cubierto por Quilty... por la sensación de ese tumulto antes del crimen.

El camino se extendía ahora en pleno campo. Se me ocurrió —no como protesta, no como símbolo ni nada por el estilo, sino tan sólo como experiencia inédita— que habiendo violado todas las leyes de la humanidad, podía violar ahora las reglas del tránsito. De modo que me deslicé hacia la izquierda de la carretera, y experimenté la sensación, y la sensación era buena. Era una



placentera fusión diafragmática, con elementos de vaga tangibilidad, todo sostenido por la idea de que nada podía estar más cerca de una eliminación de las leyes físicas esenciales que conducir deliberadamente por el lado prohibido del camino. En cierto modo, era una comezón muy espiritual. Suavemente, como en sueños, seguí avanzando por ese lado insólito sin pasar las veinte millas por hora. El tránsito era escaso. Los automóviles que de cuando en cuando pasaban por el lado que les habían asignado hacían sonar brutalmente sus bocinas. Al fin me encontré en la cercanía de lugares poblados. Pasar una luz roja fue como un sorbo de borgoña prohibido durante mi niñez. Mientras tanto, fueron surgiendo complicaciones. Era seguido y escoltado. Al fin vi frente a mí dos automóviles situados de tal manera que interceptaban por completo mi camino. Con un movimiento gracioso salí de la carretera y después de dos o tres barquinazos subí por una pendiente cubierta de hierba, entre vacas perplejas, hasta que me detuve con una leve oscilación. Una especie de concienzuda síntesis hegeliana entre dos mujeres muertas.

Pronto me sacarían del automóvil (adiós Melmoth; muchas gracias, viejo amigo). Anticipé mi entrega a muchas manos; no haría nada para cooperar mientras esas manos se movieran y me llevaran, perezosamente abandonado, cómodo, como un paciente, y mientras disfrutaba del extraño goce de los policías y los enfermeros. Y mientras aguardaba que se arrojaran sobre mí en la empinada cuesta, evoqué un último espejismo de asombro y desamparo. Un día, poco después de la desaparición de Lo, un acceso de abominables náuseas me obligó a detenerme en el espectro de un viejo camino montañoso que unas veces acompañaba y otras cruzaba una carretera muy reciente, con su población de áster bañándose en la tibieza indiferente de un atardecer apenas azul, a fines del verano. Después de arrojar las entrañas mismas, descansé un instante contra una piedra que corría entre el precipicio y la carretera. Pequeños saltamontes surgían entre la maleza agostada, a los lados del camino. Una nube muy leve abría sus brazos y se movía hacia otra ligeramente sustancial que pertenecía a un sistema más lento. A medida que me acercaba al abismo amistoso, adquiría conciencia de una melodiosa unidad de sonidos que subía, como vapor, de una pequeña ciudad minera tendida a mis pies, en un pliegue del valle. Se divisaba la geometría de las calles, entre manzanas de tejados grises y rojos, y los verdes penachos de los árboles, y un arroyo sinuoso y el rico centelleo mineral del vaciadero de la ciudad, y más allá de ella, caminos que se entrecruzaban sobre la absurda manta formada por campos pálidos y oscuros, y más allá de todo eso, grandes montañas arboladas. Pero aún más luminosa que todos esos colores apaciblemente alegres –pues hay colores y sombras que parecen divertirse en buena compañía–, más brillantes y soñadores para el oído que los ojos, era esa vaporosa vibración de sonidos acumulados que no cesaban un solo instante, mientras se elevaban hasta el labio de granito junto al cual me secaba la boca manchada. Y pronto comprendí que todos esos sonidos tenían una misma naturaleza, que eran los únicos sonidos provenientes de las calles de la ciudad transparente, en cuyas casas permanecían las mujeres esperando a los hombres. ¡Lector! Lo que oía no era sino la melodía de los niños que jugaban, no era sino eso. Y tan límpido era el aire, que dentro de ese vapor de voces mezcladas, majestuosas y minúsculas, remotas y mágicamente cercanas, francas y divinamente enigmáticas, podía oír de cuándo en cuando, como liberado, un estallido de risa viviente casi articulado, o el bote de una pelota, o el tintineo de un vagón de juguete, pero en realidad, todo estaba demasiado lejos para distinguir un movimiento determinado en las calles apenas esbozadas. Me quedé escuchando esa vibración musical desde mi suave pendiente, esos estallidos de

gritos aislados, con una especie de tímido murmullo como fondo. Y entonces supe que lo más punzante no era la ausencia de Lolita a mi lado, sino la ausencia de su voz en ese concierto.

Ésta es, pues, mi historia. La he releído. Se le han pegado pedazos de médula, y costras de sangre, y hermosas moscas de fulgor verde. En tal o cual recodo del relato siento que mi yo evasivo se me escapa, deslizándose en aguas más hondas y profundas que las sondeadas. He disfrazado cuanto he podido, para no herir a las gentes. Y he jugueteado con muchos seudónimos antes de dar con uno que se me adaptara convenientemente. En mis notas figuran «Otto Otto» y «Mesmer Mesmer», pero por algún motivo creo que el escogido es el que mejor expresa mi suciedad.

Hace cincuenta y seis días, cuando empecé a escribir *Lolita*, primero en la sala de observación para psicópatas, después en esta reclusión bien caldeada, aunque sepulcral, pensé que emplearía estas notas *in toto* durante mi juicio, no para salvar la cabeza, desde luego, sino el alma. En plena tarea, sin embargo, comprendí que no podía exhibir a Lolita mientras viviera. Quizá use partes de esta memoria en sesiones herméticas, pero su publicación ha de diferirse.

Por motivos que quizá parezcan más evidentes de lo que son en realidad, me opongo a la pena capital. Confío que el juez comparta tal actitud. De haber comparecido ante mí mismo, habría condenado a Humbert a treinta y cinco años por violación y habría descartado el resto de las acusaciones. Pero aun así, Dolly Schiller me sobrevivirá sin duda muchos años. He tomado la siguiente resolución, con todo el sostén y el impacto legal de un testamento firmado:

Deseo que esta memoria se publique cuando Lolita ya no viva.

Ninguno de los dos vivirá, pues, cuando el lector abra este libro. Pero mientras palpite la sangre en mi mano que escribe, tú y yo seremos parte de la bendita materia y aún podré hablarte desde aquí hacia Alaska. Sé fiel a tu Dick. No dejes que otros tipos te toquen. No hables con extraños. Espero que quieras a tu hijo. Espero que sea varón. Que tu marido, así lo espero, te trate siempre bien, porque de lo contrario mi espectro irá hacia él, como negro humo, como un gigante demente, y le arrancará nervio tras nervio. Y no tengas lástima de C. Q. Había que elegir entre él y H. H. y era preciso que H. H. viviera a lo menos un par de meses más, para que tú vivieras después en la mente de generaciones venideras. Pienso en bisontes y ángeles, en el secreto de los pigmentos perdurables, en los sonetos proféticos, en el refugio del arte. Y ésta es la única inmortalidad que tú y yo podemos compartir, Lolita.

## SOBRE UN LIBRO LLAMADO «LOLITA»

Después de personificar al suave John Ray, el personaje de *Lolita* que escribe el Prólogo, todo comentario directamente surgido de mí quizá parezca –a mí mismo, en realidad– una personificación de Vladimir Nabokov, que habla sobre su propio libro. Sin embargo, deben discutirse algunos puntos, y el recuerdo autobiográfico puede incitar a fundir imitación y modelo.

Los profesores de literatura tienden a plantear problemas tales como «¿Cuál es el propósito del autor?» o, peor aún, «¿Qué trata de decir este tipo?» Ahora bien, ocurre que yo pertenezco a esa clase de autores que al empezar a escribir un libro no tiene otro propósito que librarse de él y cuando le piden que explique su origen y desarrollo, debe valerse de términos tan antiguos como interacción o inspiración y combinación... todo lo cual, lo admito, suena como un mago que explica un ardid llevando a cabo otro.

El primer débil latido de *Lolita*, vibró en mí a fines de 1939 o principios de 1940, en París, en épocas en que padecía un severo ataque de neuralgia intercostal. Si no recuerdo mal, el estremecimiento inicial de la inspiración fue provocado de algún modo por un relato periodístico acerca de un chimpancé, en el *Jardin des Plantes*, que, después de meses de incitaciones por parte de un científico, hizo el primer dibujo que haya esbozado nunca un animal. Ese dibujo mostraba los barrotes de la jaula de la pobre criatura. El impulso de que ahora doy cuenta no tiene relación textual con el subsiguiente flujo de ideas, el cual resultó, sin embargo, en un prototipo de la novela actual, un cuento breve, de unas treinta páginas. Lo escribí en ruso, la lengua en que he escrito novelas desde 1924 (las mejores no están traducidas y todas están prohibidas, por razones políticas, en Rusia). El hombre era de Europa Central, la nínfula anónima era francesa y los lugares eran París y Florencia. Hice que el hombre se casara con la madre enferma de la niña. La madre moría pronto, y tras un frustrado intento de aprovecharse de la huérfana en un cuarto de hotel, Arthur (ése era su nombre) se arrojaba bajo las ruedas de un camión. Una noche, en tiempos de guerra, leí el relato a un grupo de amigos –Mark Aldanov, dos revolucionarios sociales y un doctor–; pero la cosa no me gustó y la destruí algo después de trasladarme a Norteamérica, en 1940.

Hacia 1949, en Ithaca, al norte de Nueva York, el latido –que nunca había cesado del todo– empezó a importunarme otra vez. Combinación e inspiración se unieron con renovada energía y me indujeron a un nuevo tratamiento del tema, esta vez en inglés, lengua de Hachel Home, de mi primera institutriz en San Petersburgo, hacia 1903. La nínfula, ahora con una gota de sangre irlandesa, era en lo esencial la misma chiquilla y también subsistió la idea del casamiento con su madre. Pero en todo otro sentido la historia era nueva y había adquirido en secreto las garras y las alas de una novela.

El libro se desarrollaba lentamente, con muchas interrupciones y digresiones. Me había llevado unos cuarenta años inventar Rusia y la Europa Occidental, y ahora debía inventar Norteamérica; obtener los ingredientes locales que me permitirían agregar una pizca de «realidad» (palabra que no significa nada sin comillas) corriente al fermento de la fantasía individual, que a los cincuenta años de un proceso mucho más difícil que en Europa, durante mi juventud, cuando la retención y receptividad estaban en su apogeo. Otros libros intervinieron. Una o dos veces estuve a punto de quemar el manuscrito incompleto y hasta llevé a Juanita Dark tan lejos como la sombra del incinerador inclinado sobre la tierra inocente, cuando me detuvo la idea de que el espectro del libro destruido rondaría mis legajos para el resto de mi vida.

Todos los veranos mi mujer y yo salíamos a cazar mariposas. Los ejemplares están depositados en instituciones científicas, como el Museum of Comparative Zoology, de Harvard, o la colección de la Cornell University. Las indicaciones de lugar pinchadas bajo esas mariposas serán un regalo para el estudioso del siglo XXI aficionado a la biografía recóndita. En algunos cuarteles generales nuestros, tales como Telluride, Colorado; Alftor, Wyoming; Portal, Arizona y Ashland, Oregon, reanudaba enérgicamente *Lolita* durante las noches o en días nublados. Terminé de copiar a mano la novela en la primavera de 1954, y empecé de inmediato a buscarle editor.

Al principio, por consejo de un viejo amigo muy temeroso, fui lo bastante dócil para estipular que el libro apareciera en forma anónima. No creo que me arrepienta nunca de haberme resuelto, poco después, a firmar *Lolita*. Los cuatro editores norteamericanos W., X., Y., Z., a quienes ofrecí el original y que a su vez consultaron a sus lectores, se alarmaron por *Lolita* hasta un punto ni siquiera imaginado por mi viejo y temeroso amigo F. P.

Aunque es cierto que en la antigua Europa, y hasta muy avanzado el siglo XVIII (en Francia hay ejemplos obvios), la lujuria deliberada no era incompatible con los visos de comedia, o de sátira vigorosa, o hasta con el numen de un poeta exquisito de humor travieso, también es cierto que en la época actual el término «pornografía» sugiere mediocridad, lucro, ciertas normas estrictas de narración. La obscenidad debe ir acompañada de la trivialidad, porque cualquier índole de placer estético ha de reemplazarse por la simple estimulación sexual, que exige la palabra tradicional para una acción directa sobre el paciente. El pornógrafo tiene que seguir esas viejas normas rígidas para que su paciente sienta la misma seguridad de satisfacción que, por ejemplo, los aficionados a los relatos policiales –relatos en que, si no se anda uno con cuidado, el verdadero asesino puede ser con gran disgusto del aficionado, la originalidad artística (por ejemplo: ¿quién desearía un relato policial sin un solo diálogo?)– Así, en las novelas pornográficas, la acción debe limitarse a la copulación de *clichés*. Estilo, estructura, imágenes, nunca han de distraer al lector de su tibia lujuria. La novela debe consistir en una alternancia de escenas sexuales. Los pasajes intermedios se reducirán a suturas de sentido, puentes lógicos del diseño más simple, breves exposiciones y explicaciones que el lector probablemente omitirá, pero cuya existencia debe reconocer para no sentirse defraudado (mentalidad que emana del hábito de los cuentos de hadas «verdaderos» en la niñez). Además, las escenas sexuales del libro han de ir *in crescendo*, con nuevas variantes, nuevas combinaciones, nuevos sexos, y (obra de Sade, se acude al jardinero) por lo tanto, el fin del libro debe estar más repleto de lascivia que los capítulos iniciales.

Algunas técnicas al comienzo de *Lolita* (el diario de Humbert, por ejemplo) hicieron pensar a mis primeros lectores, que éste sería un libro obsceno. Esperaban esa serie en aumento de escenas eróticas; cuando se detuvieron, también se detuvieron los lectores, se aburrieron y abandonaron el libro. Sospecho que éste es uno de los motivos por los cuales ninguna de las cuatro compañías editoras leyó el original hasta el fin. No me importó que lo consideraran o no pornográfico. Su negativa a comprar el libro no se basaba en mi tratamiento del tema, sino en el tema mismo, pues hay por lo menos tres temas absolutamente prohibidos para casi todos los editores norteamericanos. Los otros dos son: un casamiento entre negro y blanca de éxito completo y glorioso que fructifique en montones de hijos y nietos, y el ateo total que lleva una vida sana y útil y muere durmiendo a los ciento seis años.

Algunas reacciones fueron muy divertidas. El lector de una editorial sugirió

que su compañía podía considerar la publicación si yo convertía a Lolita en un chiquillo de doce años al que seduciría Humbert, un granjero, en un pajar, en un ambiente agreste y árido, todo ello expuesto con frases breves, fuertes, «realistas» («se conduce como un loco. Todos nos conducimos como locos, supongo. Dios se conduce como un loco, supongo», etc. ). Aunque cada uno debiera saber que detesto los símbolos y las alegorías (cosa que en parte se debe a mi vieja amistad con el vuduismo freudiano y en parte a mi odio hacia las generalizaciones fraguadas por sociólogos y míticos literarios), un lector –por lo demás inteligente– que hojeó la primera parte, describió a *Lolita* como «el viejo mundo que pervierte al nuevo mundo», mientras otro lector vio en ella a «la joven América pervirtiendo a la vieja Europa». El editor X, cuyos consejeros se aburririeron tanto con Humbert que nunca pasaron de la página 188, tuvo el candor de escribirme que la segunda parte era demasiado larga. El editor Y, por su lado, lamentó que no hubiera personas buenas en el libro. El editor Z dijo que si publicaba *Lolita* lo meterían en la cárcel.

En un país libre no debe esperarse que ningún escritor se inquiete por el límite exacto entre lo sensible y lo sensual. Eso es ridículo. Sólo puedo admirar, pero no emular, la destreza de juicio de quienes colocan a los jóvenes mamíferos fotografiados en las revistas de tal modo que la línea de la espalda esté lo bastante baja para provocar la risa del director y lo bastante alta para no hacerle fruncir el ceño. Presumo que existirán lectores que encontrarán titilante la exhibición de palabras murales en esas novelas enormes y desesperadamente triviales escritas a máquina por los pulgares de densas mediocridades y consideradas «fuertes» o «duras» por la grey de los críticos. Hay espíritus apacibles que declararán sin sentido a *Lolita* porque no les enseña nada. No soy lector ni autor de novelas didácticas, y a pesar de la afirmación de John Ray, *Lolita* no tiene lastre moralizante. Para mí, una obra de ficción sólo existe en la medida en que me proporciona lo que llamaré lisa y llanamente placer estético, es decir, la sensación de que es algo, en algún lugar, relacionado con otros estados de ser en que el arte (curiosidad, ternura, bondad, éxtasis) es la norma. Todo lo demás es hojarasca temática o lo que algunos llaman la Literatura de Ideas, que a menudo no es sino hojarasca temática solidificada en inmensos bloques de yeso cuidadosamente transmitidos de época en época, hasta que al fin aparece alguien con un martillo y hace una buena rajadura a Balzac, a Gorki, a Mann.

Otra tacha formulada a *Lolita* por algunos lectores, es la de ser anti-norteamericana. Esto me duele considerablemente más que la idiota acusación de inmoralidad. Consideraciones de profundidad y perspectivas (un lugar suburbano, una pradera montañesa) me llevaron a fraguar cierto número de ambientes norteamericanos. Necesitaba un medio estimulante. Nada es más estimulante que la vulgaridad filistea. Pero con respecto a la vulgaridad filistea, no hay diferencia entre las maneras paleárticas y las maneras neoárticas. Cualquier proletario de Chicago puede ser tan burgués (en el sentido flaubertiano) como un duque. Escogí los *moteles* o alojamientos norteamericanos, en lugar de los hoteles suizos o las posadas inglesas, sólo porque trato de ser un escritor norteamericano y aspiro a los mismos derechos de que gozan otros escritores norteamericanos. Por otro lado, mi personaje Humbert es un extranjero anarquista, y hay muchas cosas, además de las nínfulas, con respecto a las cuales no estoy de acuerdo con él. Y todos mis lectores rusos saben que mis viejos mundos –el ruso, el inglés, el germano, el francés– son tan fantásticos y personales como el nuevo.

Para que estas declaraciones no se tomen como un desahogo de rencores,

me apresuraré a agregar que además de los corderos que leyeron el original de *Lolita*, o su edición de la Olympia Press, con un espíritu de «¿Por qué tuvo que escribir esto?», o «¿Por qué tengo que leer historias sobre maniáticos?», hubo algunas personas sensatas, sensibles y firmes que entendieron mucho mejor mi libro que cuanto puedo explicar aquí acerca de su mecanismo.

Todo escritor, serio me atreveré a decir, tiene conciencia constante y alentadora. Su luz piloto arde sin cesar en algún punto de su basamento y un simple toque en el termostato privado redundante de inmediato en una tranquila explosión de ternura familiar. Esta presencia, ese fulgor del libro en un alejamiento siempre accesible, es un sentimiento altamente sociable, y cuanto más se ha conformado el libro a su contorno y color previsto, tanto mayor es la suavidad con que refulge. Pero aun así, hay algunos puntos, digresiones, huecos favoritos que evocamos con más viveza y de los cuales disfrutamos con más ternura que el resto de nuestro libro. No he releído *Lolita* desde que corregí las pruebas en el invierno de 1954, pero lo reconozco como una presencia deleitosa ahora que fluctúa serenamente sobre la casa como un día de verano que, más allá de la bruma, sabemos resplandeciente. Y cuando pienso en *Lolita*, siempre escojo por especial inclinación, imágenes como las del señor Taxovich, o esa lista de alumnas de Ramsdale, o Lolita avanzando lentamente hacia los regalos de Humbert, o las fotografías que decoraban la buhardilla estilizada de Gastón Godin, o el peluquero de Kasbeam (que me costó un mes de trabajo), o Lolita jugando al tenis, o el hospital de Elphinstone, o la pálida, encinta, amada, irrecuperable Dolly Schiller, muriéndose en Gray Star (la ciudad capital del libro), o los sonidos tintineantes de la ciudad en el valle que ascendía por la montaña (en la cual atrapé la primera hembra conocida de *Lycaeides sublivens Nabokov*). Ésos son los nervios de la novela. Ésos son los puntos secretos, las coordenadas subconscientes mediante las cuales se urdió el libro, aunque comprendo muy bien que leerán distraídamente esas escenas o las pasarán por alto quienes empiecen este libro con la impresión de que se trata de algo en la línea de *Recuerdos de una mujer del placer* o *Les Amours de Milord Grosvit*. Es muy cierto que mi novela contiene varias alusiones a los imperativos fisiológicos de un perverso. Pero después de todo, no somos niños, ni delincuentes juveniles, ni analfabetos, ni alumnos de escuelas públicas inglesas que tras una noche de juegos homosexuales deben soportar la paradoja de leer a los antiguos en versiones expurgadas.

Es pueril estudiar una obra de ficción sólo para informarse acerca de un país o una clase social o el autor. Y, sin embargo, uno de mis amigos más íntimos, después de leer *Lolita* se mostró sinceramente preocupado (!) de que yo viviera «entre gentes tan deprimentes», cuando la única incomodidad que he experimentado de veras ha sido la de vivir en mi taller, entre miembros descartados y torsos incompletos.

Después de que Olympia Press publicó mi libro en París, un crítico norteamericano sugirió que *Lolita* era el relato de mis aventuras amorosas con la novela romántica. El reemplazo de «novela romántica» por «lengua inglesa» habría sido más correcto. Pero siento que mi voz se alza hasta un punto demasiado estridente. Ninguno de mis amigos norteamericanos leyó mis libros rusos y así cualquier apreciación de los ingleses estará fuera de foco. Mi tragedia privada, que no puede ni debe, en verdad, interesar a nadie, es que he debido abandonar mi idioma natural, mi libre, rica, infinitamente libre lengua rusa, por un inglés mediocre, desprovisto de todos esos aparatos –el espejo falaz, el telón de terciopelo negro, las asociaciones y transiciones implícitas– que el ilusionista nativo, agitando las colas de su frac, puede emplear mágicamente para

trascender a su manera la herencia común.

VLADIMIR NABOKOV

12 de noviembre de 1956